

Revaloración de la reproducción social por medio de prácticas de economía social y solidaria

El análisis feminista de las prácticas de economía social y solidaria (ESS) en los seis casos estudiados en el marco del proyecto (véase el recuadro) concluye que, ante el capitalismo patriarcal destructivo, las prácticas de ESS pueden contribuir a valorar el trabajo de la mujer, a fortalecer los vínculos sociales, así como a proteger la vida misma. Dadas ciertas condiciones, las prácticas de ESS pueden igualmente ayudar a la constitución de sujetos políticos capaces de enfrentar las estructuras del capitalismo patriarcal en pro de un mayor reconocimiento y de la ampliación de derechos. Así, no obstante la serie de desafíos que enfrentan, las prácticas de ESS pueden formar parte de las luchas colectivas por sociedades más equitativas y sostenibles.

Organización de la reproducción social en las sociedades capitalistas

La organización de actividades productivas y reproductivas de las sociedades capitalistas crea jerarquías que los estudios feministas vienen analizando de manera crítica desde hace ya tiempo. Estas jerarquías priorizan la producción y acumulación de capital por encima de la reproducción social, en particular el trabajo del hombre sobre el de la mujer, relegando a un segundo plano la importancia de las actividades reproductivas sociales para la producción de la vida, lo que a final de cuentas contribuye a la prosperidad del capitalismo mismo.

En ese sentido, dichas jerarquías presuponen la existencia de dos esferas separadas y desiguales, una separación que ha sido cuestionada en los estudios feministas. Una de las esferas es la productiva, asociada predominantemente a actividades que realizan los hombres, mientras que la segunda es la reproductiva, vinculada a todas las actividades e instituciones que se requieren para mantener el hogar y la sociedad. Situada históricamente dentro de la esfera reproductiva o estrechamente ligada a ella, el trabajo de la mujer en este marco es valorado menos que el trabajo del hombre, lo que crea nuevas formas de subordinación de la mujer.

Aunque sean tan antiguas como el capitalismo mismo, no se trata de jerarquías estáticas. Los casos estudiados en este proyecto muestran que los discursos y las prácticas de la globalización y la modernización —como la urbanización y la industrialización de la agricultura y otros sectores— marcan un cambio profundo en las relaciones sociales de producción y reproducción social de mujeres y hombres. En varios de los casos estudiados se observaron cambios en el trabajo de la mujer: tareas realizadas tradicionalmente por hombres, o compartidas entre el hombre y la mujer, ahora se abren a la mujer o requieren de la participación de esta debido al declive de las industrias “tradicionales”; cambios en el papel de la mujer en el hogar; innovaciones industriales y tecnológicas.

Recuadro 1: Reseña del proyecto: Análisis feminista de prácticas de economía social y solidaria: perspectivas desde América Latina y la India

La economía social y solidaria (ESS) puede cumplir un importante papel en la reorientación de las economías y sociedades hacia un desarrollo más equitativo, inclusivo y sostenible. Pero solo puede ser verdaderamente transformadora si además se ocupa de la reorganización de la reproducción social, integrando objetivos políticos de igualdad de género y relaciones de poder más equitativas. ¿Van en la dirección correcta las prácticas de ESS?

Aunque la mujer tiene un papel protagónico en las actividades de ESS, hasta hace poco el interés de académicos y responsables de las políticas sobre ESS ha carecido de una perspectiva de género. La investigación feminista sobre la prestación de cuidados no remunerados y el trabajo doméstico apenas comienza a alimentar la formulación de políticas y su implementación, y las actividades de ESS relativas a la reproducción social (es decir, aquellas por las cuales las sociedades se reproducen) a menudo carecen del debido reconocimiento. Las diferentes relaciones sociales y jerarquías de género que se dan en la ESS normalmente carecen de un análisis feminista.

Este proyecto de investigación tiene por objetivo aportar evidencias empíricas y perspectivas analíticas para comenzar a cubrir estas brechas de las investigaciones y políticas en torno a la ESS, desde una perspectiva feminista.

Casos de estudio en la India

- Karnataka: Asociación de pescadoras de Udipi
- Kerala: Asociación de trabajadoras domésticas SEWA
- Tamil Nadu: Organizaciones de mujeres contra las canteras de arena en el distrito Kancheepuram, valle del Palari

Casos de estudio en América Latina

- Argentina: Organizaciones comunitarias que prestan servicios de cuidados en zonas periféricas de Buenos Aires
- Bolivia: Asociaciones de productoras en Batallas, dept. de La Paz
- Brasil: Grupos agroecológicos y de producción colectiva feministas en Vale do Ribeira, estado de São Paulo

Este proyecto fue financiado por SNIS (Red Suiza de Estudios Internacionales). Encuentre más información sobre el [proyecto aquí](#).



Por ejemplo, en las zonas rurales estudiadas en Bolivia (Batallas), la búsqueda de un trabajo no agrícola ha elevado el número de hombres que migran de zonas rurales a urbanas tras nuevas oportunidades. Como consecuencia, las actividades agrícolas y de cría de animales, que generalmente realizaban tanto hombres como mujeres, se han feminizado cada vez más, y el número de mujeres que participan en sindicatos campesinos y asociaciones de productores también ha aumentado.

La industrialización en Tami Nadu ha conducido a una feminización relativa de la mano de obra industrial y a un cambio en la noción del trabajo mismo. La sobreexplotación de los recursos naturales, por ejemplo, ha hecho que las mujeres jóvenes se desplacen de ocupaciones relacionadas con la agricultura hacia labores industriales, como trabajadoras manuales en las industrias del textil, las prendas de cuero y los agroalimentos, o bien hacia servicios de baja cualificación como la limpieza en escuelas privadas, para los que se requieren conocimientos y aptitudes diferentes.

Aunque estos procesos han ampliado las aspiraciones y oportunidades de las mujeres, por lo menos desde el punto de vista económico, los cambios en el trabajo de la mujer dentro de un espacio dominado por la lógica capitalista patriarcal tienen contrapesos en la profunda estructura de las sociedades capitalistas patriarcales que desvaloran las actividades económicas de la mujer. Por ejemplo, las actividades de la mujer se perciben a menudo como un “servicio” y no como un trabajo. En tales circunstancias, las mujeres no se consideran agentes económicos con derecho a ser remuneradas por su labor, ni tampoco se les reconocen derechos sociales, o derecho a protección o apoyo del Estado. Por el contrario, el trabajo de la mujer se entiende como un servicio que esta presta a su familia y a su comunidad por el hecho de ser mujer. El “naturalizar” el trabajo de la mujer en estos términos desvalora sus actividades productivas. En este sentido, el trabajo de la mujer —cuidar de otra persona, vender pescado, trabajar el campo, practicar agricultura de subsistencia— se suma a la esfera invisible de la reproducción social, lo que hace que estas actividades económicas cumplan una función análoga a las actividades del hogar, que son pobremente valoradas y que no se consideran una labor que contribuye a la reproducción de la vida. Esto, a su vez, “justifica” el bajo valor económico que se confiere al trabajo de la mujer y la limitada protección social que esta recibe.

Estas percepciones y procesos no nacen de la nada. Para el análisis feminista, son el producto de las jerarquías insertas en las sociedades capitalistas. En tal sentido, los papeles del hombre y la mujer en la producción y la reproducción social son normalmente entendidos como un asunto de hecho y no como un problema que requiere análisis, acción pública y, a la postre, cambio. Esto, a su vez, explica hasta cierto punto el limitado reconocimiento institucional del trabajo de la mujer, así como las concepciones del mundo sesgadas por el género, que de manera predominante caracterizan las políticas públicas y los programas que se conciben para apoyar y empoderar a las mujeres.

Para ilustrar esto, tomemos el caso de la región rural de Vale do Ribeira (Brasil), donde el valor de la maternidad ocupa un espacio central en la representación social de las mujeres en las políticas públicas. Esto se refleja, por ejemplo, en los discursos de los trabajadores sociales en la región estudiada y en las condicionalidades asociadas al programa Bolsa Familia,

un programa de transferencia de efectivo de alcance nacional en el cual se prevé que la madre sea responsable de que sus hijos asistan a la escuela y reciban sus vacunas para poder gozar de los beneficios del programa. Además, los programas de capacitación para las beneficiarias de Bolsa Familia tienden a empujar a la mujer hacia actividades presuntamente “femeninas”, como la belleza, la moda y la cocina (dejando de lado la agricultura), con lo que se refuerza la división sexual actual del trabajo, en la cual se basa la desigualdad de género.

En Kerala, India, el trabajo doméstico que realizan las mujeres tiende a considerarse una extensión del trabajo en el hogar que las esposas de todas formas hacen como parte de sus deberes como mujer. A causa de tales percepciones, las trabajadoras domésticas son pobremente valoradas (remuneradas), reguladas de manera deficiente y en gran medida dejadas al margen de las leyes laborales convencionales.

También se observan patrones y procesos similares en el apoyo del gobierno a las asociaciones de mujeres en el caso de estudio de Argentina. Por ejemplo, los programas de microfinanzas y los subsidios públicos para organizaciones de la economía social tienden a excluir los servicios colectivos de cuidado, y en los casos donde se brinda este apoyo, las trabajadoras de prestación de cuidados tienden a recibir remuneraciones muy bajas. Esta percepción sexista del trabajo de cuidados pone en relieve el sesgo productivo de las políticas públicas para la ESS, que colocan las actividades reproductivas en una posición secundaria.

Esta falta de reconocimiento del trabajo de la mujer, ya sea en la agricultura, el hogar, los cuidados u otra labor, tiene graves implicaciones para su vida y su bienestar. La participación de las mujeres en trabajos precarios y mal remunerados, con protección y derechos limitados, las hace susceptibles a la explotación y, en consecuencia, aumenta sus vulnerabilidades y dependencia. En los casos estudiados se concluye que, debido a la división desigual del trabajo, servicios sociales y de cuidados inadecuados y una pobreza persistente, las mujeres están agotadas: pierden sueño y padecen problemas de salud de manera prematura. Las presiones de tener que hacer malabares entre las actividades productivas y reproductivas significan también que las mujeres tienen poco tiempo disponible para el esparcimiento o la movilización social. Esto puede a la postre coartar su capacidad para implicarse y participar en movimientos políticos o sociales alternativos que luchen por satisfacer sus necesidades, pero también por cambiar las condiciones estructurales subyacentes.



Miembros de la red comunitaria de centros de cuidados *El Encuentro*, Argentina. Foto: SOFAVIAL



Reproducción social: almuerzo colectivo preparado por un grupo de ESS en Vale do Ribeira, Brasil. Foto: Ch. Verschuur

ESS: un vehículo para la reorganización y revaloración de la reproducción social

Estas microdinámicas reflejan una crisis mayor que enfrenta la reproducción social y que caracteriza a las sociedades capitalistas. Las políticas y prácticas neoliberales, y en particular el excesivo énfasis en el crecimiento económico, tienen graves implicaciones para la sociedad y el medio ambiente. Este modelo económico y las múltiples crisis que le acompañan han mermado la inversión en el cuidado, la salud y la educación, aumentado la precariedad del mercado laboral, constreñido la protección y los derechos sociales y degradado el ambiente natural, todo lo cual ha contribuido a la pobreza, las desigualdades y el descontento social. En los casos estudiados, han surgido prácticas de ESS en respuesta a estas condiciones que caracterizan la “crisis de la reproducción social” y los precarios medios de subsistencia que genera.

Las prácticas de ESS se subsumen en entornos locales y se apoyan en buena medida sobre las necesidades, expectativas, experiencias y prioridades de los y las participantes locales. En los casos de estudio, se trata de mujeres en comunidades marginadas. Aunque ocupe una posición secundaria en las sociedades capitalistas, la reproducción social está en el centro de todas las iniciativas (sumamente variadas) de ESS exploradas en esta investigación. De forma simultánea, estas iniciativas cuidan de las personas y el territorio, velando por la “reproducción ampliada de la vida” (es decir, más allá de la mera subsistencia —o reproducción biológica— para abarcar un mínimo moralmente aceptable de calidad de vida de tipo social). De esta forma, dan prioridad a los intereses colectivos, sociales, y en ocasiones ambientales, por encima de los intereses materiales e individuales. Prestan servicios (Argentina); luchan por la sostenibilidad del medio ambiente (Tamil Nadu, Brasil); velan por el acceso a los derechos, como el derecho a la tierra (Bolivia, Brasil, Tamil Nadu), a los alimentos (Brasil, Karnataka, Tamil Nadu), al agua (Brasil, Tamil Nadu) y al trabajo (Karnataka); y promueven los derechos laborales, como seguridad y protección sociales (Kerala, Karnataka, Argentina). Las prácticas de ESS estudiadas también crean nuevas relaciones sociales, fortalecen los vínculos entre las mujeres marginadas y dentro de la comunidad y, bajo ciertas condiciones, cambian las relaciones de género.

Las prácticas de ESS tienen igualmente el potencial para re-instaurar “valor” a las actividades productivas y reproductivas de las mujeres y de esta forma revalorar la esfera de reproducción social en general, que tiende a ser invisible. Como resultado, dadas ciertas condiciones, la ESS puede contribuir a superar la falsa dicotomía entre la producción y la reproducción social como esferas separadas, crítica que por mucho tiempo han sostenido las intelectuales feministas. Por ejemplo, la asociación de trabajadoras domésticas estudiada en Kerala es un movimiento que busca colectivizar y organizar a las mujeres social y económicamente desfavorecidas para que reivindiquen su derecho a tener un empleo remunerado de cara a

circunstancias restringidas y normas patriarcales dominantes que impiden a las mujeres ocupar empleos pagados.

En Karnataka, la asociación de pescadoras de Udupi no solo interactúa con el Estado en nombre de las mujeres para salvaguardar su derecho a trabajar como vendedoras de pescado en un entorno capitalista patriarcal que amenaza esta fuente de subsistencia; también defiende los derechos económicos y sociales de las mujeres y fortalece los lazos sociales y la solidaridad entre aquellas que cumplen diversas funciones dentro y fuera del mercado de pescado. Las mujeres se prestan mutuo apoyo en sus actividades diarias de manejar el mercado e interactuar con los clientes. Fuera del mercado, la solidaridad entre ellas se traduce en el apoyo que se brindan las familias en tiempos de necesidad y crisis.

En el caso de estudio de Argentina, las asociaciones comunitarias de mujeres proveedoras de cuidados garantizan el acceso a derechos como la alimentación, la educación y la recreación, que el Estado ofrece solo parcialmente o que no garantiza. Este proceso de desfamiliarización y colectivización de los cuidados ha conducido al empoderamiento y a una mayor politización de mujeres marginadas. Esto ha generado una transformación de sus subjetividades y de la percepción que tienen de ellas mismas, su trabajo y su relación con el Estado y la sociedad en general.

Aunque su repercusión sobre el empoderamiento económico es aún limitada en los casos estudiados debido a la baja remuneración que las mujeres reciben por su trabajo, estas prácticas de ESS les han brindado ciertas ventajas materiales y simbólicas. La economía social y solidaria introduce prácticas y estrategias alternativas y, hasta cierto punto, contrahegemónicas, lo que en ciertas condiciones puede conducir a la reorganización de la producción y la reproducción social y al empoderamiento de las mujeres.

La asociatividad como forma de organización y práctica puede, por ejemplo —en ciertas condiciones— contribuir a la revaloración del trabajo de la mujer a nivel personal, familiar, comunitario y político. A nivel personal, las prácticas asociativas generan espacios de sociabilidad fuera de las relaciones familiares y la esfera doméstica. Estos espacios

permiten a las mujeres compartir sus problemas y recibir apoyo moral de otras mujeres. En los casos estudiados, estas interacciones ampliaron las perspectivas de las mujeres y las ayudaron a cambiar su autopercepción y a valorar su propio trabajo. Gradualmente, estos espacios les permitieron generar una visión del escenario social diferente del orden doméstico, lo que les permitió redefinir la manera en que entendían el trabajo. Además, estos procesos permitieron a las mujeres reposicionarse al interior de la familia. Como resultado de estos cambios, muchas de ellas adquirieron mayor autonomía en la administración de su tiempo y sus recursos, y vieron aumentar su poder de negociación, mientras que otras lograron incluso poner fin a situaciones de violencia doméstica. Las labores de cuidados que realizaban las mujeres como colectivo les ganaron un mayor reconocimiento en sus comunidades y las elevaron a una posición de poder. En algunos casos, las mujeres fueron gradualmente politizándose y posicionándose en la lucha por su reconocimiento frente a los poderes del Estado y del mercado. La politización y el desarrollo de subjetividades políticas al interior de la ESS resultaron fundamentales en la lucha por los medios de subsistencia, el reconocimiento y la equidad.

La capacitación y las acciones concretas para medir y cuantificar el valor del trabajo de las mujeres también desempeñaron un papel importante en el proceso de valoración. Por ejemplo, en el caso de las asociaciones de trabajadoras domésticas de Kerala, la formación que recibieron las mujeres culminó en la profesionalización del trabajo doméstico; a su vez, esta profesionalización contribuyó al reconocimiento y la subsiguiente revaloración de este tipo de trabajo. Procesos similares se observaron en las asociaciones de proveedoras de cuidados en el caso argentino. Estas asociaciones se entendieron como espacios de crecimiento personal y profesionalización que a su vez permitieron a las mujeres redefinir la forma en que estas percibían su propio trabajo y, posteriormente, aumentar su autoestima. En el caso de las asociaciones de productoras en Batallas (Bolivia), las iniciativas de ESS promovieron la especialización y la venta colectiva, la producción centralizada y el mejoramiento de la calidad de los productos agrícolas y lácteos. Estas prácticas pueden incrementar el acceso de las mujeres a los mercados y sus ingresos, contribuyendo de esta forma a la revaloración de su producción y generando condiciones que aumenten su autoestima y, en última instancia, su autonomía y sus derechos.

El caso de estudio de Vale do Ribeira (Brasil), que se centró en una red de mujeres dedicadas a la agroecología, mostró la forma en que las prácticas de ESS pueden contribuir a revalorar la producción tanto monetaria como no monetaria. En este caso, la organización colectiva de las agricultoras, junto con la ONG que las apoyó, permitió establecer una red de comercialización directa con consumidores responsables, basada en relaciones de confianza y solidaridad. Se usaron folletos de agroecología para crear conciencia sobre el enfoque y llevar cuenta de la cantidad y el equivalente monetario de la producción consumida, vendida, intercambiada y donada, fortaleciendo así la posición de las mujeres frente al Estado y sus socios, y aumentando el reconocimiento del valor de su trabajo. Estos procesos y la organización colectiva de las mujeres para hacer frente a los obstáculos que encontraron

en cuanto a la gestión del agua y la tierra vis-à-vis la comunidad y las autoridades estatales, contribuyeron a su autonomía y a un aumento de su politización y, en consecuencia, de su poder de negociación.



Camino a una reunión de un grupo de ESS en Quilombo Terra Seca, Brasil. Foto: Ch. Verschuur

Desafíos que enfrenta la revaloración de la reproducción social

La revaloración de la reproducción social es un proceso marcado por tensiones y contradicciones. Este análisis feminista de prácticas de ESS sacó a la luz la lucha constante con el Estado, la economía de mercado capitalista y normas y prácticas patriarcales.

En el caso de estudio boliviano, por ejemplo, las cuestiones relacionadas con la familia o la reproducción social permanecen fuera del ámbito de las asociaciones cuyos miembros son hombres y mujeres. En ellas se tiende a mantener un discurso masculino centrado en el objetivo primordial de aumentar el valor de la producción. En el caso de las asociaciones comunitarias de servicios de cuidados en Argentina, el trabajo sigue siendo femenino con un fuerte enfoque maternal, ya que casi todas las personas que se ocupan de la tarea son mujeres. De allí que, por una parte, si bien las asociaciones pueden contribuir al reconocimiento del trabajo de cuidados, atrapan a las mujeres en una función sexista de cuidados y maternidad, en la que cualquier incremento de la autonomía personal se basa en tareas que obedecen al estereotipo de género. En el caso de las pescadoras de Udupi, en Karnataka, aunque la asociación desafía al Estado y la orientación de libre mercado, no cuestiona la estructura capitalista o las normas patriarcales de fondo. En su lugar, brinda protección dentro del sistema capitalista, lo cual, al combinarse con el patriarcado, confina a las mujeres a condiciones de vida de subsistencia, mientras que el trabajo de los hombres es mejor valorado y considerado más propicio para la inversión.

Estas tensiones y contradicciones con la economía de mercado capitalista pueden reflejarse igualmente en las propias estructuras y prácticas de las asociaciones. Por ejemplo, se revelan jerarquías y frustraciones arraigadas entre el objetivo personal de acumulación de las mujeres y el objetivo colectivo y solidario de la redistribución. En el marco del mercado dominante, en el cual vender más permite obtener

mayores ingresos, las asociaciones solidarias son frágiles y están repletas de tensiones. Lo que es más, el predominio de las mujeres en las prácticas de economía solidaria a menudo contribuye a reforzar su rol en las actividades colectivas, lo que desemboca en la paradoja de que las asociaciones que supuestamente buscan liberar a las mujeres terminan por eternizarlas en un trabajo voluntario o de bajos ingresos.

Un apoyo limitado del Estado también puede dificultar el desarrollo de las prácticas de ESS. Esta situación se ha observado en todos los casos estudiados. Al otro extremo del espectro, un apoyo del Estado caracterizado por políticas y programas con un sesgo de género puede reafirmar y reforzar las jerarquías presentes en las sociedades capitalistas, encapsulando así a las mujeres en papeles de género y limitando su emancipación. Esto trae al tapete la cuestión de la autonomía, pero más aún, de la sostenibilidad de las iniciativas de ESS.

En el caso de Vale do Ribeira, los grupos de ESS dependen en cierta medida de ONG feministas que apoyan su formación y desarrollo. La falta de financiamiento público a las ONG somete todo el proyecto de ESS a presión y obliga a buscar nuevas fuentes de financiamiento. Esto representa un reto de sostenibilidad. El éxito de la solidaridad como estrategia de emancipación depende de la capacidad de poder balancear la equidad tanto en lo interno como en lo externo. En el caso de estudio, esto significa ampliar la red hacia nuevos consumidores responsables, crear nuevos grupos de consumo y establecer relaciones de confianza y solidaridad, en las cuales los consumidores tengan en cuenta las necesidades de la agricultura sostenible y las asociaciones de mujeres garanticen alimentos de calidad a precios asequibles para la clase trabajadora urbana. Este proceso puede a su vez limitar la relación de dependencia entre las asociaciones de mujeres y el Estado y ayudar a aumentar su número y sus redes. No obstante, si bien aumentar el número de asociaciones de mujeres en una localidad puede contribuir a fortalecer la organización política y la autonomía de las mujeres, también puede ejercer presión sobre las ventas y con ello crear una competencia que podría rivalizar con el valor de la solidaridad. Las deliberaciones y el debate abiertos sobre estos desafíos al interior de las asociaciones de mujeres forman parte del proceso que busca fomentar el cambio en las relaciones de producción y reproducción.

La continuidad de estas prácticas de ESS al interior de las asociaciones de mujeres estudiadas también está condicionada por la capacidad de estas de participar activamente en la gestión territorial en las comunidades donde están presentes. El caso de Vale do Ribeira ilustra esta situación: este caso abarca, por ejemplo, reivindicar el conocimiento tradicional, encontrar maneras diversificadas de negociar productos e incluir más mujeres jóvenes. Estas iniciativas de ESS buscan crear o reforzar la reciprocidad y fortalecer un sentido de comunidad en distritos rurales caracterizados por la vulnerabilidad ante grandes propietarios de tierras y por normas patriarcales. El reto radica en conectar a los grupos de agricultoras en proceso de construir un sujeto político capaz de redefinir el territorio a través de prácticas de gestión, agrosilvicultura (agroforestería) y agroecología, así como de engendrar relaciones sociales y una reciprocidad feminista y antirracista cuyo horizonte sea la sostenibilidad de la vida.

Recomendaciones

- Es necesario lograr el reconocimiento público del valor del trabajo de la mujer en la ESS (y más allá) y velar por condiciones de trabajo decente para las mujeres activas en la ESS.
- Las políticas públicas en general, y aquellas relacionadas con la ESS en particular, deberían incorporar una perspectiva crítica de género.
- Deberían examinarse en futuras investigaciones las condiciones que asegurarían la sostenibilidad de la ESS más allá del apoyo del Estado, y la forma de sortear y resolver los desafíos que enfrenta la revaloración del trabajo de la mujer.

Recuadro 2: Equipo del proyecto

Coordinación

Coordinadora: Christine Verschuur. Co-coordinador: Filipe Calvão.
Asistentes de investigación: Yira Lazala, Laís Meneguello Bressan
(Graduate Institute of International and Development Studies/IHEID)

Equipos de investigación por país

Argentina: Marisa Fournier y Erika Loritz (Universidad Nacional de General Sarmiento/UNGS)
Bolivia: Ivonne Farah, Gabriela Ruesgas y Fernanda Sostres
(CIDES, Universidad Mayor San Andrés); Isabelle Hillenkamp
(Institut de recherche pour le développement/IRD-CESSMA)
Brasil: Miriam Nobre (Sempreviva Organização Feminista/SOF);
Isabelle Hillenkamp (Institut de recherche pour le développement/
IRD-CESSMA)
India (Kerala): Rajib Nandi (Institute of Social Studies Trust)
con aportes de Sheena Basheer y Sonia George
India (Tamil Nadu): Isabelle Guérin (Institut de recherche pour
le développement/IRD-CESSMA); Govindan Venkatasubramanian
y Santosh Kumar (Institut Français de Pondichéry)
India (Udupi): Kaveri Haritas (O.P. Jindal Global University)

Asociados

Kalpna Karunakaran (Indian Institute of Technology Madras);
Jean-Louis Laville (Conservatoire National des Arts et Métiers/
CNAM); Ibrahim Saïd (UNRISD)

Esta síntesis de investigación fue traducida al castellano por Nerio Guerrero



Taller de mitad de período. Investigadores junto a miembros de la red de iniciativas de ESS en Quilombo Ribeirão Grande, Brasil. Foto: Yira Lazala